

México, con Gobierno no reconocido por la Casa Blanca, conservará el derecho de tener siempre una representación ante dicha Oficina, que, dicen, ha llegado a tener (suponemos que para los Estados Unidos únicamente) una importancia continental.

La proposición en referencia, que entendemos fué combatida por la Legación Estadounidense, y defendida por las naciones del Centro, es la primera manifestación de protesta colectiva de un grupo de naciones Americanas contra las prácticas de la República del Norte. Así han debido entenderlo los pensadores americanos y los no americanos, al aplaudir ruidosamente esta actitud que parece presagiar un despertar en la conciencia oficial de algunas naciones de América.

Lo importante ahora es no dejar perder este primer acto de solidaridad americana, este primer impulso federativo, no en el concepto político de la palabra, sino en el de unidad de acción para los fines de una común defensa. Consideramos que este movimiento debe ser recogido y alentado por los intelectuales de estos pueblos, como punto de partida de un gran movimiento de opinión que presione más tarde sobre los Gobiernos, como lo aconseja Ingenieros.

Los políticos de los Estados Unidos tendrán que llegarse a convencer, tarde o temprano, de que el Pan-americanismo, como lo entienden ellos, es una doctrina desprestigiada en la América Latina; aparentan los elementos oficiales creer en ella, pero en verdad todos nos reímos de ella, porque le damos más importancia a los hechos que a los discursos; este Quinto Congreso Pan americano es la mejor prueba.

Pero volviendo al proyecto de aso-

Como un fauno...

Como un fauno marino perseguí a aquella
[ola.

Suelta la cabellera y el talle azul ondeante.
Como un fauno marino nadé tras de la ola
que distendió sus líneas como hembra
[jadeante.

El Sol estaba viejo, pero era un rey
que, aburrido aquel día de bañarse en el mar,
se embarcó en una nube
y apenas si tenía algo que recordar...

Yo perseguí a la ola pensando que la hora
miedo haría en la ola musculada y sonora...

Pero como avanzara yo sobre el litoral,
la ola arqueando ímpetus se retorció en la
[arena
dejando en mi lascivia tres algas por melena
y una gran carcajada de espumas de cristal.

CARLOS PELLICER.

México, D. F.

ciar a los intelectuales de América o al menos, y por lo pronto, a los del Centro, decimos que la organización supone la existencia de una Oficina Central cuyo asiento puede ser la Habana, y de una gran revista de propaganda continental. Supone además la convocatoria de un gran Congreso de Intelectuales, donde, sin las limitaciones que la posición diplomática exige, se expongan en su alto y verdadero significado y alcance las aspiraciones de la América Hispana.

Queremos pensar que es cierto esto que hemos repetido: esto de que la América Hispana tiende a ser una e indivisible por una poderosa asocia-

ción de sus intelectuales, constituidos de hecho en Liga Internacional, que se dirige, a despecho de cualquier interés en contrario, a asegurar a los hombres del porvenir, sin preguntarles su origen ni su raza, una existencia más digna y conforme con la justa explotación de las riquezas de nuestro suelo y con los superiores destinos de los hijos de América.

Sería interesante que uno de los hombres de prestigio en las Repúblicas del Caribe, como Vasconcelos, Valencia, Sanín Cano, Varona, tomaran la iniciativa para esa gran asociación de los intelectuales de América.

MANUEL SÁENZ CORDERO

FRATERNIDAD

El desfile

«Un surco se ha abierto en vuestro espíritu. Después de haber sido soldados de la patria, tenéis que ser soldados de la justicia.»

JAURES. *Al volver del regimiento.*

PASABA la manifestación de los trabajadores. Una inmensa muchedumbre cubría en toda su enorme extensión la larga y anchurosa avenida. Sobre el mar de incontables cabezas humanas aparecían desplegados millares de estandartes rojos, símbolos de fraternidad, de solidaridad, de unión firme y animosa entre los humildes. Los que vimos en nuestra infancia y en años muy remotos la primera bandera de la Internacional, solitaria, rodeada de dos docenas de ilusos, despreciada, mirada con desdén, en medio de la inmensa turba de desocupados y de parásitos, que regresaban de sus solaces, ganados a costa de explotaciones y de privilegios inicuos; los que contemplamos aquellos precursores abnegados que se atrevían a alzar la pobre enseña de las reivindicaciones sociales en medio de una sociedad burguesa, que los juzgaba enemigos de la virtud y de la verdad, sentíamos ayer acelerarse nuestro pulso y oprimirse nuestra garganta al ver aquella manifestación imponentísima, aquella arrolladora masa humana, que pasaba cantando sus himnos, celebrando su victoria en las urnas, anunciando un porvenir glorioso en que todo el derecho será transformado, en que los principios de humanidad serán acatados por todos los hombres y en que la paz universal dejará de ser una palabra vana.

A mi lado, entre los espectadores del grandioso desfile, cubierto por sus plegadas estameñas, calzado con sus sencillas y limpias sandalias, meditaba un fraile. ¿En qué pensaba? ¿Recor-

daba acaso aquellas otras procesiones en que muchos millares de fieles alzaban también sus estandartes recamados en oro y sus imágenes evocadoras? Su semblante aparecía impasible. Sin duda, comparaba, analizaba, juzgaba. Por mi parte, dando por supuesto el contraste, no pude menos de pensar por mi cuenta y de atribuirle lo que yo mismo hubiera discurrido a encontrarme dentro de sus hábitos.

—He aquí—me diría, si yo fuera el fraile—una manifestación del sentimiento universal popular, a la cual la Iglesia pudo no haber jamás sido ajena. ¿Qué otra significación tuvo la religión en sus comienzos, ni cuál otro quiso, sin duda, darle su fundador que el de la anteposición de los ideales de justicia y de fraternidad a los intereses egoístas, el de la supremacía de la libertad sobre el despotismo cesáreo, del enaltecimiento de los humildes sobre la injusta y soberbia preponderancia de los pretores, de los escribas y de los fariseos, de los que padecen hambre de pan y sed de justicia sobre los que todo lo acaparan y corrompen? Un Redentor caminaría descalzo al frente de estas muchedumbres, dejando salir de sus divinos labios sus bellas y trascendentales parábolas. ¿Por qué ahora los desfiles de los creyentes hartos son otros que los de los fieles, y esperanzados, y hambrientos? ¿A qué causa obedece que los estandartes de los que se llaman discípulos del Hijo del Hombre, bordados con preciosos metales sobre ricas sedas, sean llevados y acompañados por los poderosos, y los de los que pasan por enemigos